

El Ché, el escalón más alto de la especie humana.

En uno de los momentos más difíciles de su última campaña guerrillera, la boliviana en la que le esperaba la muerte, el Ché Guevara les dijo a sus combatientes que *"este tipo de lucha nos dá la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana"*. Hablaba así, y con verdad, quien ya se hallaba, alzado por su vida, sus hechos y sus logros, en ese escalón más alto. Porque ya había hecho una revolución, la cubana, que casi medio siglo después de su primera victoria en 1959 ilumina todavía hoy este planeta tenebroso conducido al desastre ecológico por los bestiales coletazos de un capitalismo enloquecido que, agudizadas y llevadas casi al límite sus contradicciones genético-estructurales, demuestra día a día la validez de la *Ley general de la acumulación capitalista* enunciada por Marx en los capítulos finales del Libro Primero de *El Capital*. Día a día los datos evidencian el aumento incesante de la explotación, de la miseria, de la enfermedad, del malestar vital que son la condición del también incesante aumento de la acumulación de más y más riquezas en cada vez menos manos y de más y más destrucciones de la ecología del planeta.

Y día a día, cuando leemos en la mendaz prensa capitalista las cuentas minimizadas de desastres que nos dicen por ejemplo que 4.000 niños mueren al día a causa de la diarrea provocada por beber agua en mal estado y 1.400 mujeres pierden la vida cada día durante el embarazo o el parto por falta de asistencia médica, sabemos que a esa noticia le falta un detalle. Le falta añadir que *"ninguno de esos niños es cubano, que ninguna de esas mujeres es cubana"*. Cuando leemos que el número de niños de 5 a 17 años trabajando en el mundo sumaba 218 millones en el año 2004 y que de ellos 126 millones ejercían trabajos peligrosos sabemos que a esa noticia le falta un detalle. Le falta añadir que *"ninguno de esos niños es cubano"*. Cuando UNICEF calcula que existen al menos 100 millones de niños viviendo en la calle en todo el mundo sabemos que a esa noticia le falta un detalle. Le falta añadir que *"ninguno de esos niños es cubano"*. Cuando la UNESCO nos dice que aún quedan 130 millones de niños sin escolarizar sabemos que a esa noticia le falta un detalle. Le falta añadir que *"ninguno de esos niños es cubano"*.

Sí, cuando el Ché llegó a Bolivia ya se había convertido en revolucionario, ya había alcanzado *"el escalón más alto de la especie humana"*. Porque su entrega personal se había unido a la de las y los camaradas que habían puesto en marcha la revolución cubana. Una revolución que en febrero de este año 2007 pudo proclamar orgullosamente que hasta esa fecha más de medio millón de latinoamericanos recuperaron visión gracias al programa oftalmológico Operación Milagro que desde 2004 desarrollan conjuntamente Cuba y Venezuela. Que en los últimos siete años de colaboración, las brigadas médicas cubanas realizaron más de 304 millones de consultas médicas en 69 países y salvaron casi un millón 600 mil vidas. Que médicos cubanos intervinieron quirúrgicamente a una cifra superior a los dos millones 100 mil pacientes. Y que desde 1963 más de 270 mil colaboradores cubanos prestaron sus servicios en 154 países y Cuba contribuyó a la alfabetización de más de dos millones de personas en 16 países mientras que más de 28 mil jóvenes de 120 Estados estudian en universidades cubanas, la mayoría la especialidad de medicina.

Ni mi compañera Margari Ayestarán ni yo olvidamos el agri dulce sabor de la noche, casi cuarenta años atrás, en la que asistimos en la Embajada cubana en aquel Madrid franquista de 1967 al homenaje al Ché, recién asesinado por orden de la CIA. No olvidamos que allí se nos dijo que NO iba a haber un minuto de silencio porque a un revolucionario no se le puede homenajear con una inacción. Que iba a haber un minuto de aplauso. Que se prolongó durante lo que parecieron horas mientras aplaudíamos verticalmente porque los brazos ya doloridos eran incapaces de seguirlo haciendo horizontalmente.

Los estrechos límites de un artículo como éste no me permiten ni siquiera esbozar la importancia que la figura y la vida del Ché tuvieron para la lucha de Euskal Herria contra los Estados opresores español y francés y para la evolución de la que se llama oficialmente *Organización Socialista Revolucionaria Vasca para la Liberación Nacional Euskadi Ta Askatasuna*. Me limitaré a recordar que ETA, que se proclamó solemnemente comunista en su VI Asamblea de 1973, ha sido una de las pocas organizaciones políticas comunistas que no se han agostado ni desaparecido bajo los escombros de la implosión de la URSS en 1991. Sin duda porque su comunismo bebió más de los frescos manantiales de la teoría y la práctica de revolucionarios como el Ché Guevara que de las degeneraciones burocráticas del PCUS.

Sí. El Ché tenía razón. Los revolucionarios son el escalón más alto de la especie humana. Son los que luchan (y muchas veces mueren en esa lucha) para que nadie escupa sangre para que otro viva mejor. Y los que rompen los barrotes de las cárceles que oprimen a la humanidad.

El 29 de septiembre de 2001, en la clase especial y pública sobre la guerra imperialista de la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini leyó un poema inédito del Ché. Helo aquí:

VIEJA MARIA

Vieja María, vas a morir
quiero hablarte en serio:
Tu vida fue un rosario completo de agonías,

no hubo hombre amado, ni salud, ni dinero,
apenas el hambre para ser compartida;
quiero hablar de tu esperanza,
de las tres distintas esperanzas
que tu hija fabricó sin saber cómo.
Toma esta mano que parece de niño
en las tuyas pulidas por el jabón amarillo.
Restriega tus callos duros y los nudillos puros
en la suave vergüenza de mi mano de médico.
Escucha, abuela proletaria:
cree en el hombre que llega,
cree en el futuro que nunca verás.
Ni reces al dios inclemente
que toda una vida mintió tu esperanza;
ni pidas clemencia a la muerte
para ver crecer a tus caricias pardas;
los cielos son sordos y en ti manda el oscuro,
sobre todo tendrás una roja venganza
lo juro por la exacta dimensión de mis ideales.
Muere en paz, vieja luchadora.
Vas a morir, vieja María;
treinta proyectos de mortaja
dirán adiós con la mirada,
el día de éstos que te vayas.
Vas a morir, vieja María,
quedarán mudas las paredes de la sala
cuando la muerte se conjugue con el asma
y copulen su amor en tu garganta.
Esas tres caricias construidas de bronce
(la única luz que alivia tu noche)
esos tres nietos vestidos de hambre,
añorarán los nudos de los dedos viejos
donde siempre encontraban alguna sonrisa.
Eso era todo, vieja María.
Tu vida fue un rosario de flacas agonías
no hubo hombre amado, salud, alegría,
apenas el hambre para ser compartida,
tu vida fue triste, vieja María.
Cuando el anuncio de descanso eterno
enturbia el dolor de tus pupilas,
cuando tus manos de perpetua fregona
absorban la última ingenua caricia,
piensas en ellos... y lloras,
pobre vieja María.
¡No, no lo hagas!
No ores al dios indolente
que toda una vida mintió tu esperanza
ni pidas clemencia a la muerte,
tu vida fue horriblemente vestida de hambre,
acaba vestida de asma.
Pero quiero anunciarte
en voz baja y viril de las esperanzas,
la más roja y viril de las venganzas
quiero jurarlo por la exacta
dimensión de mis ideales.
Toma esta mano de hombre que parece de niño
entra las tuyas pulidas por el jabón amarillo
restriega los callos duros y los nudillos puros
en la suave vergüenza de mis manos de médico.
Descansa en paz, vieja María,
descansa en paz, vieja luchadora,
tus nietos todos vivirán la aurora,
LO JURO.

Así escribía, así sentía, así vivía y así murió y venció incluso en su derrota el Ché. Estando en el escalón más alto de la especie humana. El que aúpan y ocupan los revolucionarios. Los que ejercen la fecunda,

imprescindible y sanadora, quirúrgica, cirujana violencia de los oprimidos. Que siempre es legítima. Y es la esperanza de los parias de la Tierra. La que cambiará el mundo de base y hará de esa Tierra un paraíso. La Patria de la Humanidad.

Justo de la Cueva.

Militante de Batasuna.